

QUIÉN DIJO HÉROE

Aquellos primeros momentos del confinamiento, un pánico desconocido se extendió por el mundo. A nadie le cabía en la cabeza que la cifra redonda del 2020, aparentemente henchida de promesas, trajera consigo una maldición tan inesperada.

Damián trabajaba por entonces en una farmacia en el centro de Zaragoza. Antes del 14 de marzo, no entraba en sus planes convertirse en un héroe. Bastante tenía con llevar adelante su vida y todo el colorido desplegable de sinsabores con que le tocaba lidiar al ser humano contemporáneo. A sus treinta y siete años, lo último que esperaba era que una inoportuna pandemia le cayera sobre las espaldas.

Se acercaba el final de marzo y, en la farmacia Palafox, habían acabado con todas las existencias de mascarillas quirúrgicas de que disponían y que ya habían estirado hasta límites imposibles. Desde Italia llegaban imágenes dantescas de hospitales colapsados y morgues llenas y España iba justo detrás, con las cifras de enfermos y muertos creciendo sin tregua.

—Buenos días, ¿quién dijo miedo? —saludó Damián la mañana de aquel martes a sus compañeras. Haciéndose fuertes, los cinco empleados se aprestaron a trabajar. No entraba demasiada gente, los disciplinados españoles permanecían atrincherados en casa, desconcertados ante tanta información contradictoria. El país era un caos.

Sobre la una del mediodía, Damián se percató repentinamente de una ausencia.

—¿Alguna habéis atendido a Francisca? —inquirió a sus compañeras. Nadie se acordaba de haberla visto, ni hoy ni desde hacía bastante tiempo. La mujer era una de las más fieles clientes de la farmacia; cada lunes sin falta pasaba a recoger sus medicamentos. Damián sentía un cariño especial por aquella elegante y magnética señora que le recordaba a su abuela. Tuvo un acceso de pánico y buscó la dirección de Francisca en la base de datos. La vivienda estaba muy cerca de allí, un edificio antiguo de la calle Sagasta, a muy pocos metros de la farmacia. Cogió de prisa de las estanterías dos o tres productos y

los echó a una bolsa: si se encontraba con un control de policía, podría justificar su paseo.

El portero automático funcionó y Damián subió como un relámpago hasta el cuarto piso. Ante la puerta oyó pasos lentos y toses justo antes de que Francisca le abriera. Iba envuelta en su bata de casa, estaba pálida y febril y tenía dificultades para respirar. Damián pidió al instante una ambulancia; tardaría, le dijeron. Llamó a un taxi. Los taxistas, héroes ellos también. A los veinte minutos había uno en la puerta. Fueron a toda prisa hasta el Hospital Clínico: el servicio de urgencias era una película de catástrofes de serie B. Cuando ya le obligaban a marcharse, Damián pidió por favor que le mantuvieran informado de la situación de Francisca, que vivía sola.

Quince días más tarde, justo antes de sedarlo a él para ingresarlo en la UCI, la enfermera le contó a Damián que Francisca había salido adelante y que aquel mismo día la pasaban a planta, felizmente fuera de peligro.